

Eugenio

Gerard Jofra Alcaide

Prólogo de Pedro Ruiz



LIBROS CÚPULA

Eugenio

Gerard Jofra

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto e imágenes: Gerard Jofra Alcaide, 2018

Nos hemos esforzado por confirmar y contactar con la fuente y/o el poseedor del copyright de cada foto y la editorial pide disculpas si se ha producido algún error no premeditado u omisión, en cuyo caso se corregiría en futuras ediciones de este libro.

Primera edición: octubre de 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.
Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-2495-6
Depósito legal: B. 17.105-2018

Impreso en España— *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Prólogo, por Pedro Ruiz, 9

Y llegó mi momento, 13

Capítulo 1, 23

Capítulo 2, 31

Capítulo 3, 41

Capítulo 4, 51

Capítulo 5, 57

Capítulo 6, 67

Capítulo 7, 81

Capítulo 8, 93

Capítulo 9, 105

Gracias por todo, 111

CAPÍTULO 1

«Los que producen gran arte no son semidioses, sino seres humanos falibles, a menudo neuróticos y con problemas de personalidad.»

THEODOR ADORNO

«Detrás de sus gafas ahumadas se ocultaba un gigantón bondadoso que siempre tenía aspecto de haber dormido poco.»

CARLOS HERRERA

«De esa incomodidad del catalán haciendo comedia surgen cosas muy graciosas, como Eugenio: era un tío que estaba allí como obligado.»

DANI MATEO

Mi padre nunca improvisaba. Era consciente, terriblemente consciente, de la seriedad de hacer reír. «El humorista está en contra de lo establecido», sentenciaba en las entrevistas. Era su antídoto, su forma de decir

que estaba «solo contra todos», como escribió Milan Kundera. Solo contra el mundo. Lo veo tumbado en una cama de hotel, los pies colgando gracias a sus casi dos metros de altura, repasando el orden de los chistes con las persianas bajadas, con el sueño ligero de los que tienen miedo, las gafas ahumadas en la mesilla (gafas a lo Roy Orbison, a lo Elvis Costello), el Talbot Matra aparcado en la acera, los cazadores de autógrafos y las admiradoras pululando por recepción, y mi padre esperando que las miles de horas de ensayo rindieran sus frutos y derrotasen a la incertidumbre, intentando que toda esa ansiedad se convirtiese en risas y aplausos: era su forma de endulzar el mundo.

Rememorar es inventar. Ahora, separado por la muerte, la tierra, el tiempo, debo ser capaz de acercarme a él, a su figura, recomponer una vida con los fragmentos que conseguí salvar de mil cataclismos y algunos días de luz. Desde la distancia, trataré de aproximarme a las ideas que almidonaban su cerebro. Pero, sin temor a equivocarme, puedo decir que Eugenio Jofra Bafalluy, mi padre, fue un mito, un pionero, alguien brillante, único, currante, genial. Puedo afirmar que pasó por todos los estados que un ser humano puede llegar a pasar, el tema es si eres consciente o no de cada uno de estos estados. Por ello, puedo afirmar que mi padre fue un tipo tremendamente divertido y a la vez un hombre triste.

No debió de ser fácil ser Eugenio, pero tampoco su hijo. Lo recuerdo como un padre ausente, famoso,

eternamente de gira, inmerso en una vida nómada de salas de fiestas, galas y programas de televisión, fumando subido al escenario, incómodo, quebradizo, impaciente, siempre al borde de la desesperación, siempre como obligado. Un hombre que decidió vivir de acuerdo con sus principios, fuesen los que fuesen.

Dondequiera que actuase, la fama le perseguía. Vivió los años ochenta como una larga fiesta, con sus risas y sus tragedias, vampirizado por su personaje. Alrededor de mi padre empezaron a gravitar planetas peligrosos, gente sin escrúpulos ni ataduras morales que se aprovechó de él, sin tenderle una mano cuando la necesitó. Mi padre aullaba su pena subido a un escenario; por dentro y en silencio, maldecía su mala suerte llamando a mi madre, conocedor de que la vida ya nunca sería plena sin ella. Porque mi madre se marchó dejando todas las luces encendidas. Él jamás volvió a mencionar esa ausencia con la que nos tocó vivir. No creía en la suerte, ni en la buena ni en la mala, pero guardo unas palabras, que utilizaba con frecuencia, grabadas en mi corazón que se han convertido en una forma de vida: «Gerard, quien la hace la paga, recuérdalo siempre».

Desde esa mente curiosa, esa atalaya a la que nunca nos dejó entrar del todo, disimulaba sus limitaciones con trabajo, ensayos infinitos y la tenacidad del que camina en un lodazal de pánico y responsabilidad. Conocía sus límites y puedo asegurar que eran extremos, las ochenta y ocho teclas de su piano interior. Por eso nunca se salía de la partitura, era consciente de que la

naturalidad es una suma de horas y horas de ensayo. Exigía cruzar la frontera y regresar cuerdo. Era un hombre que contaba chistes como le gustaría que se los contasen a él. Un hombre orquesta aterrorizado que trataba de rebelarse. Un hombre que practicaba lo que los expertos llaman *humor seco*, conocido en el mundo anglosajón como *deadpan*. El humor seco es una forma de humor en la que este es presentado sin variación de emociones o lenguaje corporal. Tiene raíces en el teatro del absurdo (Samuel Beckett, Eugène Ionesco). El personaje, generalmente, habla con una voz informal, monótona o muy seria, o también solemne y natural, y expresando una tranquilidad imperturbable. El personaje puede expresarse de manera distraída o ingenua, sin darse cuenta de la situación cómica, o bien con insinceridad, disimulando que el humor que expresa es intencional. Mi padre era el representante hispano de este tipo de humor.

Siempre que pienso en él lo veo en su primera actuación en solitario. Conchita, mi madre, había tenido que marcharse a cuidar de mi abuela Emma, que estaba enferma en Aracena, un pueblecito en la provincia de Huelva, y para no suspender, y seguir cobrando aquellas quinientas pesetas, fue mi madre la que tuvo que convencer a mi padre de que él solo en un escenario cantando era más que inviable, tal y como lo comentó con Amadeu, propietario del pub Kilómetro, y que la única opción real era, y a petición de algunos parroquianos, que contara chistes entre

canción y canción. Les había contratado por un mes, pero ya llevaban cinco actuando. Mi padre tuvo que asumir que estaba solo, expuesto, aterrorizado como un niño en una tormenta eléctrica. Tuvo que vencer las punzadas del pánico, el sudor frío, el nudo en la garganta, el estómago centrifugando los ácidos y el corazón desbocado; en resumidas cuentas, las ganas de salir corriendo. No hay nada más aterrador que romper el silencio. Sacar la voz desde el fondo de un pozo, una voz cavernosa, imponente, inolvidable. Vencer el vértigo del equilibrista que salta sin red y no sabe si se estrellará contra el asfalto o contra un muro de indiferencia. Para mi padre, el horror era no hacer reír, y el éxito una mujer triste y hermosa con una flor en el pelo. Basaba su éxito en la cadencia de la voz, el tempo y las pausas —mi padre era el Sinatra de las pausas, hacía malabares con los silencios—, el tono hipnótico, el foco cenital que convertía la silueta de un hombre hipocondríaco e inseguro en la de un hombre inmortal. Y en medio de aquel caos de sombras deformadas por el humo, mi padre supo resolver el acertijo.

Al otro lado del escenario, el público, un tribunal ciudadano que le juzgaba desde las ganas de escapar de sí mismo; hay una fracción de segundo donde el público se une a tu causa o te abandona para siempre. Venían de una dictadura, de tiempos oscuros y represión, y necesitaban recuperar el desorden, salir de casa, charlar, beber, fumar, reírse, ávidos de huir de la realidad. Hay un dato que habla a la perfección de esa época: en España nacían

más de catorce mil hijos ilegítimos al año. Eran tiempos donde el bigote, en televisión, y la barba, en la calle, eran tendencia. En realidad, los ciudadanos buscaban en la noche una promesa de vida. Y mi padre supo que no hay nada más revolucionario que la risa.

¿Qué chistes elegiría aquella noche, la noche de su debut? Lo imagino encendiendo el cigarrillo y echando el humo a sus demonios.

Muy buenas noches, señoras y señores, es un placer estar aquí con todos ustedes en el pub Kilómetro, el pub más importante de la calle Alcolea. La dirección de la sala les agradece su presencia... Yo no..., yo les felicito. Porque ustedes son la parte más importante de todo espectáculo. Ya que si ustedes no llegan a venir hoy qué haría yo solo aquí arriba... Lo hemos probado esta mañana y la verdad es que no ha tenido nada que ver. Y ahora..., con la alegría que me caracteriza, y aprovechando que hoy estoy muy contento, voy a dar comienzo de un momento a otro. (Pausa.) ¿Se imaginan que me pongo serio de golpe...?

¿Ustedes cuando van a la oficina o al taller se ponen a trabajar enseguida que llegan?... Pues yo tampoco.

Saben aquel que *diu* que...

Es un tío que va a confesarse, se arrodilla en el confesonario:

—Oiga, padre, ¿usted es el que aparta las mujeres del mal?

Diu —sí, hijo, sí.

—Pues apárteme dos para el sábado, por favor.

Diu —oiga, ¿a usted le gusta la pintura?

Diu —mucho, pero más de un bote me empalaga.

—¿Usted domina el inglés?

—Hombre, si es bajito y se deja...

Eran dos gitanos que estaban haciendo palmas y dice uno: ¡Ole tu madre!, y le contesta el otro: ¡Olerá la tuya!

Dios mío, dame paciencia. ¡Pero ya!

Saben aquel que dice que se encuentran dos amigos y uno le dice al otro:

Diu —*Nano!* —*diu*—, el otro día por una palabra no me hice millonario.

Diu —¿que fuiste a un concurso?

Diu —no —*diu*—, fui al banco. Fui al banco y le dije al cajero: «Dame cincuenta millones de pesetas». —*Diu*— y me dijo que no. —*Diu*— si me llega a decir que sí me hago millonario, tú.

Y en esa adrenalina del primer aplauso comenzó una carrera y una adicción: hacer reír.